

Las fotitos extremeñas
Por JUAN MANUEL DE PRADA

QUE en vísperas electorales se exhume un catálogo fotográfico publicado en 2003 nos hace dudar sobre la sinceridad de los denunciadores, a quienes no parecen mover tanto las creencias o sentimientos religiosos que en tal catálogo se ultrajan como el propósito de perjudicar electoralmente a la facción política adversa. Como católico, empiezo a estar un poco hartito de que la facción opositora enarbole con oportunismo la Cruz cuando olfatea réditos electorales y luego la guarde en el desván de los cachivaches obsoletos cuando le conviene posar de moderno y de laico ante la galería. Y estoy más hartito todavía de que las jerarquías eclesiásticas actúen de mamporreros y hasta de arietes en trifurcas políticas que benefician a la derecha, la misma derecha que durante ocho años de mandato permitió, por ejemplo, que en España se abortase a mansalva. Las jerarquías eclesiásticas deberían advertir que están siendo utilizadas políticamente, recordando que la Iglesia no es de izquierdas ni de derechas, sino de Cristo. Y, si tan preocupadas están por el desvío que la sociedad española muestra hacia el ideal de vida cristiano, deberían empezar por desvincularse de los energúmenos que desde posiciones derechistas inspiran pensamientos y actitudes anticristianas. La Iglesia española está creando un monstruo, una derecha sin Dios que acabará infligiéndole un daño irreparable, si es que no se lo ha infligido ya.

Dicho lo cual, entraremos en materia, como si ese catálogo fotográfico de marras sufragado por la Junta de Extremadura acabase de ser publicado. Me precio de conocer en profundidad a Rodríguez Ibarra, a quien considero una persona admirable y humanísima, y en menor medida a su consejero Francisco Muñoz, y creo que ambos son incapaces de ultrajar conscientemente las convicciones religiosas de sus paisanos, y mucho menos de un modo tan rastrero. También creo que las han ultrajado, siquiera de manera inconsciente, al publicar ese catálogo; deben, por lo tanto, expresar con grandeza de ánimo y compunción su pesar y su voluntad de desagravio, sin ampararse en marrulleras razones de índole política. Tal vez este asunto haya saltado a la palestra mediática por marrullerías políticas, pero ellos deben olvidar esta circunstancia y pedir perdón por lo que hicieron. Si en esa petición de perdón hay sinceridad, los católicos verdaderos (desde luego no los energúmenos que inflaman a tantos católicos de pacotilla) sabrán otorgárselo. Y, ya de paso, deberían entender que no todo lo que se presenta como arte es arte; y que la misión de una administración pública no es apoyar e impulsar cualquier mamarrachada psicopática que se presenta como arte, sino lo que verdaderamente sirve para enaltecer el espíritu, no lo que lo degrada y envilece.

Me gustaría, por último, hacer una consideración sobre la «función provocadora» del arte. El autor de esas fotitos extremeñas, como tantos otros artistas de pacotilla, ha querido posar ante la galería de trasgresor, de «agente provocador» que desafía un tabú social y se expone paladinamente al oprobio. Pero para que exista verdadero tabú es requisito previo imprescindible que exista una estructura de poder efectivo que lo

sostenga y castigue severamente sus infracciones; para que exista verdadera provocación, el artista debe desafiar tal estructura y someterse a su castigo. En nuestra época, vituperar los dogmas cristianos no constituye una infracción de ningún tabú, sino por el contrario una manera de asegurarse el aplauso del pensamiento dominante, un recurso facilón para colgarse medallitas y llenarse los bolsillos. Decía Chesterton que la única herejía que nuestra época no admite es la ortodoxia; y que, por tanto, la única forma de provocación verdadera en una sociedad que ha extraviado el concepto de lo sagrado consiste en volver a hacérselo presente otra vez, escandalosamente presente, sin rebozo ni titubeos. Profanar lo sagrado está al alcance de cualquier pelagatos con afán de notoriedad; exaltar lo sagrado sólo está al alcance del verdadero artista, que es el que está dispuesto a escandalizar al pensamiento dominante y a arder en las llamas de los modernos tribunales de la inquisición, que no son precisamente los de antaño.